

**POPULISMO Y EL CAPRICHOSO
ASCENSO DE MUSSOLINI**

*Comunicación del académico de número Marcos Aguinis,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 23 de junio de 2021*

Las ideas que se exponen en los ANALES son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de dicha publicación, ni la de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas
Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049 (1014)
Buenos Aires - República Argentina
www.ancmyp.org.ar
ancmyp@ancmyp.org.ar

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2021 / 2022**

Presidente Académico Alberto DALLA VIA
Vicepresidente Académico Luis Alberto ROMERO
Secretario Académico Julián A. de DIEGO
Tesorero Académico Ricardo LÓPEZ MURPHY
Prosecretaria Académico María SÁENZ QUESADA
Protesorero Académico Rodolfo A. DÍAZ

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Jorge R. VANOSSI	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Carlos Pedro BLAQUIER	27-08-08	Nicolás Matienzo

Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Marita CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz
Peña Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Eduardo Martín QUINTANA	26-10-11	Vicente López y Planes
María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín
Héctor AGUER	10-09-14	Ángel Gallardo
Horacio JAUNARENA	10-09-14	Mariano Moreno
Luis Alberto ROMERO	10-09-14	Nicolás Avellaneda
Marcos AGUINIS	24-08-16	Benjamín Gorostiaga
Ricardo LÓPEZ MURPHY	24-08-16	Miguel de Andrea
Carlos Fernando ROSENKRANTZ	09-10-19	Manuel Belgrano
María SÁENZ QUESADA	09-10-19	Justo José de Urquiza
Julián A. de DIEGO	09-10-19	José María Paz

POPULISMO Y EL CAPRICHO ASCENSO DE MUSSOLINI

Por el académico Dr. MARCOS AGUINIS

La expansión del populismo y el estudio de sus manifestaciones está dejando al margen una de sus más vigorosas raíces, que derivan de Mussolini y el fascismo. Los inicios no predecían su evolución.

Margharetta Sarfati fue una culta y hábil escritora, amante de Mussolini durante veinte años, que redactó su biografía y compartió con él momentos decisivos del crecimiento fascista. Casi todos los datos y muchas frases que reconstruyen la blanquinegra historia de ese hombre se lo debemos a ella.



Al estallar en 1911 la desproporcionada guerra por Libia, Mussolini era miembro del Partido Socialista. Los líderes de ese partido hablaban y escribían en contra de la guerra. Consideraban absurdas las matanzas, porque era un simple conflicto colonial. Con Cesare Sarfati, su esposa Margharetta compartía esa posición. Lo hacían a cara descubierta, aunque irritara al gobierno, a la prensa oficial, a las fuerzas armadas y amplios sectores de una población enloquecida.

El joven Mussolini era por entonces editor del semanario marxista *La Lotta di Classe* y organizó una demostración en contra del conflicto. Encabezó una marcha que pronto salió de control e invadió los rieles del ferrocarril para romperlos e impedir el traslado de com-

batientes hacia el norte de Africa. Intervino la policía con armas de fuego y cachiporras. Semejante medida generó congestiones en toda Italia. Mussolini fue arrestado en plena acción. Para la izquierda, su aspecto deplorable equivalía a un premio. Tras un juicio sumario lo condenaron a cinco meses de cárcel. Al recuperar su libertad comenzó a reunir camaradas para que lo acompañasen a un Congreso Socialista. Allí, gracias a su apostura, mentón cuadrado y vibrante oratoria, consiguió ser aplaudido.

Las consecuencias mayores se pusieron de manifiesto cuando a fines de ese mismo año lo designaron editor de otro diario izquierdista: *Avanti!* Contra la opinión mayoritaria de los socialistas –que le era favorable–, la fogosa teórica Anna Kuliscioff acusó a Mussolini de no ser un genuino marxista. ¡Sorpresa para muchos! Ella intentó destruirlo con una de sus lapidarias frases: “Es un pequeño soñador y un poeta barato, con la mente distorsionada por sus malas lecturas de Nietzsche”.

Su puesto en la dirección de *Avanti!* lo obligó a abandonar la aldea natal y trasladarse a Milán.

Mientras, en una aldea al sur de Roma, una extensa propiedad fue invadida. Llegaron los *carabinieri*. Entre salivazos y pedradas, mataron a varios hombres e hirieron a muchos más. Mussolini se apresuró en llegar al campo de batalla y, con la credencial de periodista, enfrentó con odio a los hombres armados, valoró la importancia del suceso y decidió sacarle jugo con una serie de artículos incendiarios. Acusó por el delito a la burguesía criminal, con frecuentes referencias a la jerga marxista. Enfocó el suceso desde diferentes ángulos, buscando siempre los tonos enfáticos. Fue convocado al juicio que se inició enseguida y voceó párrafos contundentes. Su desempeño en la prensa y el juicio incrementaron la difusión de su nombre. Pronto Benito fue más allá, porque juzgó oportuno asombrar al público mediante un giro diplomático: mostrarse súbitamente conciliador. Criticó la tendencia de querer imponer la uniformidad y la idiotez. Fue llevado otra vez a juicio y citó el lugar común de que “la idiotez constituye una enfermedad notable, porque no la sufre quien la padece”. Como el tribunal pareció no entenderle, lo miró en silencio durante un largo minuto, mientras el público sonreía y los jueces comenzaban a mover sus traseros con evidente incomodidad. Ahí le brotó una auto-profecía: “es de idiotas

querer anular el disenso y someter los treinta y seis millones de italianos a una sola cabeza”.

Se expresaron los genes del fascismo y el populismo:

“someter todo a una sola cabeza”.

A mediados de 1914 creció rápidamente la excitación colectiva por los inicios de una inminente Guerra Mundial y Mussolini volvió a exhibir su talento (o intenso oportunismo, que sería la línea dominante): dar un giro espectacular, dejar de lado el pacifismo y ¡manifestarse en favor de la guerra! Semejante giro, tan inesperado como potente, no tardó en hacerle estallar un amplio rechazo por parte de los socialistas. Se reunieron los directivos de *Avanti!* que, tras una incendiada reunión, decidieron expulsarlo. Para Benito no parecía real lo que sucedía, porque quedaba desprovisto de ingresos y enlodado por el desdén. El puñetazo de un gigante le había partido su desafiante mandíbula y cayó abatido sobre los adoquines de la calle. Se incorporó con dolores en todos los huesos. Miraba los muros que semejabán las paredes de una mazmorra, con más ganas de destruirlas a patadas que de pedir justicia. Se arrastró durante toda la noche, sin saber adónde dirigirse. Imaginó proveerse de fósforos e incendiar la redacción de *Avanti!* Era el momento adecuado, porque había poca gente a esa hora. Caminó hacia el diario, pero sus pies no obedecieron su propósito y lo llevaron hacia la residencia de los Sarfati.

El brillante abogado Cesare Sarfati utilizó la caja de artículos que fue publicando Benito y en el término de dos semanas lo hizo designar a la cabeza del diario izquierdista *Il Popolo d'Italia*. Benito no sólo le agradeció por su notable éxito, sino que, de inmediato, como retribución, pidió a su culta esposa Marghareta que fuese su primera editora y le proveyera colaboraciones en todo lo referente al arte y la cultura. Ella se puso a trabajar con entusiasmo. Además, tenía la posibilidad de estar muchas horas junto a un hombre que le había hecho abandonar fijaciones adolescentes y hacerla florecer como una crisálida bajo el sol. Es decir se había enamorado de él a fondo, de manera que todo lo que hacía y decía le pareció siempre correcto.

Benito Mussolini nació cerca de los Alpes, en la aldea de Dovia, en 1883. Su padre, Alessandro, era un herrero que alternaba su trabajo

manual con las miserias de una taberna. Los rústicos vecinos temían que se amputase una mano cuando llegaba tarde al yunque desde la taberna. Por otro lado, Benito vio cómo su padre expulsó más de una vez a los borrachos que pretendían arrancar botellas de los estantes sin pedir permiso. Aprendió de su padre a insultar, pegar y escupir. Sufrió los azotes de su cinturón cuando no le obedecía en forma exacta. Pronto adhirió a los principios anarquistas, en especial su odio a Dios y el Rey. Lo había bautizado Benito en honor al mexicano Benito Juárez, que fusiló al emperador Maximiliano. Pese a su fanatismo anticlerical, Alessandro Mussolini consintió que bautizaran a su hijo en la iglesia, para no ser menos que los demás vecinos. Fue el inicio de las contradicciones que jalonaron su vida y hasta hoy caracterizan al populismo.

Solía repetir que en su niñez faltaba comida y que, con su robusta abuela, saltaba a las huertas vecinas para robar verduras, que ella escondía en su manchado delantal. Violaban las murallas de arbustos, los montículos de tierra o de piedra, los cercos de madera, los alambrados. Lo hacían bajo la lluvia, las nevadas o el sol. Pero no alcanzaba, por eso siempre despertaba con hambre y por eso también se unió a otros chicos de la misma condición, algunos francamente agresivos, para dedicarse al robo de alimentos, fuera donde fuese. Decía que su estómago vacío le enseñó a odiar a los ricos.

En su escuela había una franca discriminación, porque en una mesa se sentaban los más pobres y en otra quienes recibían dinero. A varios de esos favorecidos los trompeó en la calle. Recordó que un fin de año fotografiaron a los alumnos de esa escuela, pero él fue excluido porque no podía pagarlas. Nunca olvidó esa humillación, que lo acosaba de día y de noche. Cuando veía circular fotógrafos en su aldea buscando clientes, ardía de rabia y apedreó a uno. Décadas después, cuando ascendió a *Duce*, se vengó haciéndose fotografiar en infinitas poses, de cerca y de lejos, de frente y de perfil, de abajo y arriba, incluso con trajes ridículos. Algunos decían que hubiera deseado ser un payaso...

Amaba los pájaros, a los que a menudo bajaba a hondazos y llevaba a su abuela para enriquecer los guisos. Sólo a uno respetaba: la lechuza. Lo fascinaban sus ojos redondos. Decía que eran más convincentes que los ojos de los hipócritas sacerdotes. Completaba ese pensamiento al reiterar que no podía quedarse mucho tiempo en la

iglesia, en especial durante las grandes ceremonias, a las que era llevado por su abuela. Le molestaban la luz de los cirios, el olor del incienso, la cantinela de los fieles y el sonido del órgano. Por eso también odiaba o ignoraba a Dios. Pero más adelante, cuando le convino, se alió a la Iglesia Católica mediante los acuerdos de Letrán.

Mendigó para viajar a Lausana, una gran ciudad suiza al otro lado de la frontera, que los vecinos describían como una metrópoli. Ese viaje tampoco le brindó alegría. Le aumentó el rencor y la envidia. Partió en la misma fecha que su detestado padre fue arrestado por participar en desórdenes. El vagón estaba repleto. Su ansiedad era tan grande que empujó a otros pasajeros y se pegó a la ventanilla. Cuando vio el lago rodeado por montes blancos de nieve se le ocurrieron versos, que componía a menudo. En Lucerna cambió de tren para Yverdon. Tras adicionales horas de viaje, atontado, se dirigió a una taberna y ensayó su francés elemental. Un inesperado compañero de viaje, cuyo nombre olvidó, lo condujo hacia la estatua del famoso Pestalozzi, que había nacido en esa localidad. Algo había escuchado de ese maestro.

Durmió en una sucia posada hasta que un pintor sin rumbo, más parecido a un criminal que a un artista, le propuso dirigirse a la vecina Orbi. Tras golpear algunas puertas consiguió que lo contrataran como jornalero. Le proveyeron de una carretilla y transportó piedras hacia una obra en construcción durante once horas diarias por unas monedas que le adelantaban a cuenta de un pago posterior, que apenas le alcanzaban para comprar unas papas. Llegó a contar 120 viajes por día. Se distraía componiendo otros pobres versos que enseguida olvidaba. Dormía sobre paja y temblaba con la rabia que ataca a los impotentes. Esto repetía cuando se volvió poderoso. Decía que ver a su tacaño jefe lo hacía clavar sus uñas dentro de los puños. Decidió probar suerte en otra parte y le dijo que se marchaba, que le pagase. Su jefe le dio la espalda y entró en su gabinete mientras él esperaba en el rellano. Al reaparecer, con desprecio le volcó sobre su palma monedas y unos pocos billetes. “Ahí va tu salario, le dijo. Y confórmate: es robado”.

Era muy detallista al contar sus historias. Tras una hora de padecer el frío se arrastró hasta un sucio bar que, decían, regentaba un maestro. Sus saludos fueron recíprocas maldiciones. “¿Qué quiere que haga? ¡Váyase a otra parte!” Entonces Benito, con las fuerzas que le

inyectó un trozo de pan, lo insultó con más energía y regresó a la calle. Ese rodeo, sin embargo, tuvo el mérito de llevarlo a un sótano donde se necesitaba alguien que transportase botellas. Se trataba de un mercader de vinos que importaba de forma ilegal. Cada mañana debía empujar su carro hacia la elegante Grande Rue. Reincidía con muecas de odio en la profesión de tabernero que había ejercido su padre, pero con diferentes acordes.

Con las monedas y billetes que lograba obtener en muchos comercios distraídos, robaba libros que devoraba y después vendía. También agregaba con orgullo haber probado prisiones en otros lugares de Suiza, y también algunas breves estadías en Alemania, Francia, Austria. Casi todas eran sucias, pero la mugre ya lo había dejado de asustar. La suma de sus arrestos alcanzó el número once. Los contó. Decía, además, que le sirvieron hacer contactos con otros presos políticos para mejorar su conocimiento del alemán y francés. Pero, sobre todo, para fortalecer la paciencia física y mental.

En la populosa Zurich, junto con Angelica Balanoff, pudo ganar algo más de dinero por la traducción al italiano de Marx y Engels, con un gordo diccionario de alemán sobre la mesa. Angelica se prendió a Benito con fantásticas tormentas eróticas (insistía Benito, quizás para asombrar a sus interlocutores). Cuando se refería a estos asuntos, abría grande los ojos y adelantaba su cuadrado mentón para convencer que era un joven atractivo y talentoso, sorprendente y desprovisto de culpa.

También contaba sus encuentros con los ascendientes líderes socialistas de esa época. Y lo narraba con vanidad. Llegó al fascinante Lenin en Zurich y ese encuentro lo empujó a conocer mejor su pensamiento y estrategia. Lo recordaba muy bien: dijo que tenía párpados orientales, un recorte prolijo de la barba, luz en su calvicie, un movimiento solemne de las manos. Le pareció que reunía las cualidades de un jefe que trastornaría al mundo entero. En otro encuentro, mucho más adelante, y esta vez en un café de París, conoció a León Trotski y Josef Stalin. No sospechaba que ambos jóvenes serían los coautores de la gran Revolución, pero intuyó que se trataba de personalidades avasallantes, que disimuladamente rivalizaban entre ellos. ¿Se jactaba de virtudes proféticas?

Daba vueltas según la conveniencia, como es característico de los fascistas y su principal derivado que es el populismo. Una tarde confesó en el suntuoso hogar de Margharetta Sarfati, en Milán, que sus lecturas le habían demostrado que los escritores alemanes que venían del siglo anterior no le parecían tan lógicos como pretendían. En cambio llegaban a su alma los franceses, más diestros para excitar la emoción. Le aseguró que en sus momentos libres leía un libro tras otro, y los memorizaba. Uno de los autores alemanes que más le gustaban era el poeta Heinrich Heine, a quien recitaba en sus momentos de furia. Heine fue judío, dato que más adelante le obligó a maldecirlo.

Regreso en el tiempo.

Cuando más joven, a los diecinueve años, Benito enseñó en una escuela miserable. Debía lidiar con cuarenta niños salvajes, algunos verdaderos monstruos. Era un sitio desconocido hasta por Dios. Un infierno. Pero en magra compensación obtenía vino, libros y algunas mujeres. Cerca, una cascada proveía sonidos en los que intentaba concentrarse para conciliar el sueño. Una vez, pasada la medianoche, puertas y ventanas se abrieron con estruendo. Apareció un hombre vestido de negro con una lámpara en la mano. Le sonrió con una extraña mueca. “Te conozco, Mussolini. Serás llamado para hacer grandes cosas. Soy el Diablo y hago esta visita para ofrecerte mi mano. Todas las riquezas del mundo serán tuyas. Lo único que debes hacer, es elegir”. Benito se paralizó. Sabía que esa figura expresaba la verdad, que obtendría las riquezas del mundo. Entonces el Diablo lo apuró: “¿Qué deseas? Dímelo ya. ¿Quieres ser rico?” No, respondió, quiero algo más que el dinero; odio a los ricos y todas sus fortunas. “Bien -contestó el Diablo-, ahora tienes cinco minutos para elegir. ¿Deseas gloria, amor o poder?” *Signor Diavolo*, contestó, no puedo responder de inmediato, déjame pensar un poco. “Entonces piensa, pero rápido”. Poco después, con su mirada de fuego cerró el diálogo: “Mussolini, tu tiempo se acabó”. Entonces gritó “¡Poder! ¡Quiero poder! El poder trae lo demás”. “Lo tendrás, contestó el Diablo, sabía que ésa sería tu elección; pero recuerda que a partir de este momento, tu alma me pertenece”. Salió volando, dejándolo sumergido en una oscuridad espesa,

como el fondo del océano. Su cuerpo temblaba desde los cabellos a las uñas de los pies. Tanto Marghareta como su marido Cesare Sarfati también temblaban, según contó ella más adelante.

El padre de Benito Mussolini, Alessandro, se casó tras la muerte de su esposa con una mujer que arrastraba cinco hijas. Padre e hijo odiaron este súbito infierno. Era demasiado para una sola vivienda. La menor de esas hijas era la hermosa Rachelle, que terminó en la cama de Benito. Recordemos ese nombre, Rachelle, porque antes de que Benito la violase, su lugar había sido ocupado por la hermana mayor. La hermosa Rachelle nunca fue a la escuela y hasta avanzada edad no supo leer ni escribir. Era una mujer fértil y le proveyó cinco hijos. La mayor de los cuales fue Edda, que influyó de modo notable en el gobierno fascista. Más adelante, cuando era el poderoso Duce, la hizo casar con el rico Galeazzo Ciani, a quien designó su canciller.

A la hija mayor de ambos la llamó Edda, por sugerencia de Marghareta Sarfati. Rachelle aceptó encantada, al enterarse que esa palabra se refería a las leyendas mitológicas de la lejana Islandia. No sabía dónde quedaba Islandia y menos qué significaba una leyenda mitológica. Para aumentar los mezquinos ingresos de la familia, al principio Rachelle se empleó como sirvienta en la casa de un oficial de carabineros. En una ocasión rompió una bandeja y tuvo que añadir muchas horas a su jornada para indemnizar la pérdida. En Benito aumentaron las llamas de su odio al poder previo a su control absoluto. No se sabe qué torturas le aplicaron después los fascistas a ese estúpido oficial.

Al padre de Benito se le deformó la espalda y solía quejarse de su nueva compañera, que le había llenado la casa de mujeres. Decía que ella, en lugar de agradecer los favores que él y Benito le dispensaban, vivía llorando. Necesitaba un macho que la voltease a latigazos y luego le secara las lágrimas con falsos besos. Lo decía en voz alta, delante de cualquiera. Benito se reía y le aconsejaba a su padre que sea tolerante, pero que, cuando estuviese enferma de verdad, no la cuidase; de ese modo gozaría de un desquite. El sadismo le emergía fácil en semejante ambiente.

Gracias a varias maniobras seductoras o tramposas, Benito reasumió la dirección del izquierdista *Avanti!*. Rachelle y su torpe

madre por fin aprendieron a leer. Benito, lejos de admirarlas, dijo una tarde que las letras la distraían de sus deberes de esposa. Antes funcionaba mejor.

Otro asunto grave que se debe mencionar fue su sífilis.

Sí, su sífilis.

La contrajo antes de conocer a Margharetta. Muchas mujeres de sus listas se salvaron. Pese a sus apuros sexuales, parece que se esforzó en mantener ciertos cuidados. Es un tema que sus biógrafos y amigos trataron de ocultar, como se estilaba entonces.

Contra la sífilis no había un tratamiento eficaz. La penicilina recién apareció en 1940, a poco de empezar la Segunda Guerra Mundial. Antes, Paul Ehrlich había descubierto la “famosa bala” del Salvarsán. Insuficiente, desde luego, pero eficaz en muchos casos. Los tratamientos, durante años y años, consistían en la administración de diversas formas de mercurio, potasio iodado, cauterizaciones, sales de cobre iodado, lavajes. A Benito lo curó el Salvarsán. Tras su alianza con el nazismo, prohibió que se atribuyese a Ehrlich su descubrimiento, porque era judío.

Se tornó evidente que Italia no podría esquivar el destino que se le presentaba. Pese al vértigo de los sucesos, Benito advirtió que se había terminado el tiempo de la neutralidad. Debía escoger entre el agresivo Hitler y las potencias democráticas. Debía someterse a otro vuelco. Los antecedentes estaban claros.

Hacía tiempo, en la histórica noche del 14 de septiembre de 1914, al empezar la Primera Guerra Mundial, había explicado su abandono del pacifismo socialista ante escritores, periodistas y políticos. Habló con su habitual elocuencia, cálida voz y gestos precisos. Con anécdotas, citas y entusiasmo creciente mantuvo alerta la atención durante dos horas. Primero explicó las dudas que generaba la tradicional ideología anti-bélica del Partido. ¡Eso era al pasado conservador! Y en esos momentos era necesario mantener una interpretación viva de lo acontecimientos, para no quedar marginados en el rodar de histórico. Al final, como una bomba, concluyó con un vibrante llamado a las

armas. Gritó que se debe luchar junto a las potencias que defienden la libertad y la democracia. ¡La libertad y la democracia! repetía. ¡Eso ante todo! ¡Esa es la revolución! Ese era el Mussolini de 1914

Benito convirtió *Il Popolo d'Italia* en un diario patriótico. Impuso su giro nacionalista de forma incendiaria. Manifestaba la decisión de apoyar la intervención de Italia junto a las verdaderas democracias. Nunca recordaba ya que su publicación pudo crecer gracias a los fondos que le deslizaron los llamados “satánicos” bancos. Olfateaba de qué lado terminaría la victoria y hacia allí se dirigió. En las acaloradas discusiones unía socialismo con el amor a la patria. Era algo novedoso y ganaba siempre. Con sus argumentos no imaginaba que estaba sentando con precocidad las bases de una ideología horrible que se llamaría “nacional socialismo”. Repetía que una guerra internacional serviría para acelerar la revolución, que imaginaba socialista, superadora, justiciera.

Evocaban un conjunto firme, sin importar demasiado la coherencia. Los artículos de Benito apuntaban hacia ese objetivo, pese a los diversos colores. Por ejemplo: guerra por el socialismo, por la patria, por la democracia, por la paz. Todo a la vez. Su oratoria se había tornado más sonora. Mareante. Invitaba a la acción. Músculo, nervio, grito. Siempre. Por eso muchos de sus seguidores, con creciente desprolijidad, se deslizaban hacia tareas violentas, aunque no fuera la violencia, públicamente, lo que él entonces auspiciaba.

Aumentaba un contradictorio abrazo de la derecha con la izquierda. Se fue forjando día a día, minuto a minuto. Una gran prueba fue simbolizada por el poeta Gabriele d'Annunzio. Se lo conocía como el *príncipe di Montenevoso*. Era novelista, poeta, dramaturgo, militar y político. Representaba el “Decadentismo”, palabra que no se sabía con exactitud qué pretendía significar. Lo admiraban, eso sí, como héroe de guerra. Su jupiteriana personalidad se asociaba con los futuristas Filippo Marinetti y otros semejantes. Estaba a favor de una mezcla rara: la república, el sindicalismo revolucionario, los nacionalistas, los anticlericales, los francmasones, los fabricantes de armas, los financistas y los más poderosos diarios de Italia. Una suma multicolor que después heredaron los populismos. Benito confesaba en la intimidad que no se sentía feliz con semejante compañía, tan ba-

roca e incongruente, pero juzgó que en aquellos días favorecía sus ambiciones.

Cuando empezaron las destrucciones de edificios y hubo sangre en las calles y, pronto, en las trincheras, Benito se ofreció como voluntario. Ansiaba llegar al frente. Quería exponer su cuerpo a las balas y usar sus brazos para el manejo del fusil. La fiebre ciega e idealista que quemaba los cerebros en el comienzo de la conflagración lo empujó a tomar esa decisión con firmeza y presentarse, bajo una irrefrenable taquicardia, en un cuartel. No pensaba en los riesgos o las consecuencias. No obstante, fue inesperadamente frustrado cuando el ministerio de Guerra le hizo saber que no quería a un agitador político entre los soldados. Se tenían sobrados informes sobre sus tareas como editor de publicaciones socialistas y el hervor de sus discursos. Le dijeron que esperase hasta el llamado de gente con mayor edad. Quiso golpear al soldado que le transmitió semejante informe, pero se contuvo clavándose las uñas dentro de los puños.

Sus enemigos políticos, enterados del revés, aprovecharon para burlarse de su presunta cobardía. Lo criticaban por permanecer en su redacción mientras otros sacrificaban la vida. Benito se sintió agraviado y prometió trasladarse a Francia para ingresar en la Legión Extranjera. Finalmente, gracias a las gestiones de un diputado, fue incorporado al regimiento de los *Bersaglieri*.

La época que exigía hacer hervir la sangre del guerrero y convertir su muerte en un objetivo sublime. No se hablaba del baño de sangre, sino del bienhechor “baño de Los Bersaglieri eran un cuerpo de infantería del Ejército Italiano, creado a principios del siglo XIX. Sus miembros se desplazaban en bicicletas. Su nombre significa “tirador certero”. Los caracterizaba una gran movilidad y se los reconocía por su sombrero de ala ancha decorado con plumas de urogallo. Ya entonces reveló Benito su simpatía por el uniforme pintoresco.

Predominaba la fantasía épica. La guerra de Libia ya era borrosa, muy pobre en acontecimientos memorables. Se olvidaban sus aspectos horribles, los sitios insalubres cubiertos de piojos, los muertos de sed, con heridas que tardaban en cicatrizar. La mayoría de los escritores y periodistas se sentían obligados a ensalzar el nuevo tiempo.

Debían alimentar a las masas con las míticas bellezas de la lucha. Sus llamamientos debían multiplicar el fervor patriótico, la importancia de la fuerza y el heroísmo. Era una acero”. Seres bonachones habían extraviado la piedad y redactaban cartas, poemas y canciones cargadas de odio contra el enemigo.

A poco de llegar al cuartel, le diagnosticaron tifoidea. Lo puso furioso, aunque sirvió para salvarlo, porque esa infección demoró su ingreso en las sanguinarias batallas, donde empezaban a caer más soldados de los previstos. Los cuarteles se revelaron elementales. Los médicos reclamaban enojados por la falta de higiene en los galpones sanitarios, así como por la abundancia de ratas y de excrementos. Gritaban que esto no ocurría entre los alemanes ni los ingleses. Benito adjuntó artículos de publicaciones locales para denunciar semejante escándalo. Confesó haber destruido varias cuartillas antes de mandarlas, para que no lo expulsasen. La fiebre le obligó a guardar cama. “Cama”, escribió, es una palabra generosa para describir el duro lecho de madera con escasas cubiertas para el frío. Pero esos problemas le salvaron la vida en la etapa inicial.

El Rey Vittorio Emmanuele III llegó al cuartel con una cohorte de soldados. Tampoco se imaginaba el desastre. Los médicos y los enfermeros buscaron los mejores uniformes, en especial aquellos que habían sido limpiados de las manchas producidas por la sangre y los excrementos. Benito recurrió a sus menguadas fuerzas para sentarse en el lecho. Se abrieron las puertas de par en par e ingresó una nube gris exterior, que contrastaba con la hediondez que despedían los muros y el piso. El Rey avanzó con paso lento. Su minúscula estatura sorprendía. Trataba de ser disimulada con botas altas y sombrero emplumado. Se decía que su altura apenas llegaba al metro y medio. Se detenía junto a indeterminable número de soldados, carente de programa o preferencias. Benito escribió que en ese momento le disminuyó su odio a la monarquía. Lo sorprendió muchísimo cuando frenó a su lado. ¡A su lado! O quizás alguien le había soplado al Rey que Benito era un agitador socialista. Conversaron unos minutos, que parecieron eternos. Tampoco pudo registrar las palabras usadas, que tal vez ni fueron palabras. Pero fue uno de los pocos soldados con quienes

Vittorio Emanuele III mantuvo un breve (tal vez gestual) diálogo en ese hospital deplorable.

En ese tiempo la bonita Ida Dalser, radicada en Trento, dio a luz un niño cuyo indiscutible padre era Benito. El seguía produciendo bebés con gran irresponsabilidad. Ella lo visitaba en Milán. Para sostenerse, había arrancado dinero de sus familiares y luego consiguió la suficiente cantidad para abrir un salón de belleza cercano a la redacción del periódico. Le fue tan bien que hasta pudo deslizar muchas liras en el bolsillo de Benito. Pero cuando las finanzas de Benito llegaron a un punto muy crítico por los gastos de su familia y de sus actividades, ella, impulsada por su espíritu magnánimo, se arriesgó a fondo. Puso en venta el salón de belleza y le entregó la totalidad del monto. A cambio no le exigió devolución alguna, sino matrimonio. ¡Matrimonio! La sorpresa fue enorme. Benito ya estaba ligado con Rachelle. Pero ante esa emergencia se imponía demostrarle gratitud, lo cual no era fácil de expresar de un modo objetivo. Tras debates y cavilaciones decidió proponerle una boda religiosa, pese a que él era un manifiesto ateo. Prefería la boda religiosa, no civil, para preservarse de futuras demandas. Tras una larga esgrima argumental, ella se resignó. Prefería esa boda a quedarse desprovista toda retribución.

La ceremonia religiosa fue escuálida, secreta, en una pequeña iglesia de las afueras de Milán. La celebró un cura anciano que a duras penas podía ver a los contrayentes. Ida Dalser era una socialista fanática y defendía el amor libre, pero a medida que se redondeaba su abdomen, se empeñó en difundir que el periodista y agitador Benito Mussolini le pertenecía sólo a ella.

Tras el nacimiento del hijo, Ida se volvió más violenta. Rachelle, por su lado, averiguó más los zigzagueos de Benito. Golpeó muchas puertas hasta conseguir el asesoramiento de un abogado y, sin pérdida de tiempo, elevó demandas al gobierno y a la Unión de Periodistas de Milán. Ida Dalser hizo lo mismo. Ambas reclamaron derechos exclusivos por los subsidios que se entregaban a los familiares de los soldados instalados en el frente de batalla. Benito, que era enemigo del matrimonio, no distinguía en esa época los niños llamados legítimos y aquellos productos de una fugaz aventura. Por lo tanto, en ningún momento le había preocupado la ruta de los subsidios. Pero en el caso

con Ida y Rachele, marchó por sus habituales y contradictorios caminos. En otras palabras, puso fin a la disputa entre la *Signorina* Dalser y la *Signorina* Rachele, casándose con esta última de otra forma: con otra austera ceremonia, pero civil. Nunca confesó las razones de esta preferencia, porque quizás no hubo razones.

Pasados unos días ambas mujeres fueron al cuartel para visitar a Benito con sus respectivos certificados de matrimonio. La descuidada guardia no prestó atención al hecho de que visitaran al mismo soldado dos presuntas esposas. La superstición de Benito le decía que el demonio pretendió divertirse a su costa. Echarle la culpa a otro es el mejor expediente de un psicópata. Sus recíprocos saludos fueron una granizada de insultos, porque ambas se apostaron junto al lecho. Hubieran querido tener un gran cuchillo entre sus ropas. Empezaron a arrancarles las cobijas, las frazadas y los almohadones. Los enfermos que podían gritar clamaron ayuda mediante una sonora competencia de insultos. Antes de que los enfermeros pudieran separar a las mujeres, éstas se dieron puñetazos, arañazos y arrancaron los pelos. Fue difícil detenerlas porque en la riña consiguieron desgarrarse los vestidos hasta casi quedar desnudas y sus uñas pudieron hacerse sangrar recíprocamente las mejillas. Cuando las pudieron separar fueron arrastradas hacia salas distantes mientras el jefe de clínica se apersonó a Benito para exigirle que defina quien de las dos permanecería a su lado y quien debía marcharse. Benito parpadeó un minuto antes de contestar. “No debemos preocuparnos, ambas son bonitas y ambas me quieren malamente. Dejemos que una liquide a la otra y así se resuelva el problema”.

El médico empezó a rascarse la cabeza. Tenía ganas de golpearlo.

Benito intuyó que las dos, tanto Rachele como Ida Dalser, tratarían de vengarse de él. Podría ocurrir en la calle o en el cuartel. Estaban decididas a matarlo.

El hijo de Ida Dalser se llamó Benito Albino Mussolini (se entiende que le adosaron Albino para fijar una diferencia). Se alejaron por arte de magia o por haber encontrado una ruta más cómoda. Es decir, el matrimonio bendecido por la Cruz jamás volvió a reencontrarse, aunque persistieran algunos lazos y el hijo siguiera llamándose Mussolini, lo cual tuvo consecuencias.

Consecuencias fuertes. Siendo ya poderoso, a una cuidadosa pregunta Benito respondió que el niño era bien cuidado. El le pagaba hasta la escuela. Contó que un día el muchacho entró en la dirección y vio su retrato colgado en una pared. Exclamó: ése... ése es mi padre... ¡Cuánto lo odio! Le dio un puñetazo a mi retrato. El director no supo qué hacer. Debo ser prudente, intentará matarme, agregó. Eso es seguro.

Ida Ida Dalser no quedó tranquila y pretendió sacar ventajas de la alta posición alcanzada por su antiguo marido. Recurrió a los papeles que certificaban su boda religiosa mediante incansables recorridos por iglesias, obispados y prensa, que la escucharon con miedo. Mussolini ordenó encerrarla en un hospicio. La arrastraron enfermeros y policía por calles y pasillos pese al desgarramiento de su ropa. Ida no se resignó y buscó otros métodos, incluso seducir a médicos, guardias, gente de la calle, confiada en descubrir finalmente un canal de salida. Por fin se entregó con asco a un par de carceleros y pudo escapar. Cundió la alarma, incluso hasta la guardia personal del Duce, que amenazó con torturar a varios de quienes lo miraban perplejos. Ida, pese a su rapidez, no logró llegar lejos; la descubrieron y fue recapturada. Su situación empeoró, porque las denuncias que pronunció a los gritos sobre los corruptos que infectaban el hospicio sólo sirvieron para testificar la hondura de sus trastornos mentales. Aumentó su aislamiento y la confinaron en tratamientos más duros que, en teoría, pretendían curarla, pero que sólo satisfacían el hambre sádico de sus torturadores. Ya funcionaba a pleno el régimen que se popularizaba con el nombre de *fascismo*. Mal alimentada y castigada, Ida Dalser, la antigua amante y esposa religiosa de Mussolini, murió sin que se supiera cuándo ni cómo.

¿Y que pasó con su hijo?

Recurría a su evidente parecido con el Duce. Tras forzados trámites fue aceptado en la Marina con el propósito de mandarlo lejos de Italia. Fue firmada una resolución que lo enviaba a China. La obstinación en su parentesco de día y de noche, durante las comidas y los descansos, en las maniobras y los entrenamientos, determinó que el capitán temiese tener un loco muy grave en su tripulación y lo devolvió a Italia.

También fue internado por psicosis en el mismo hospicio que liquidó a su madre. Lo sometieron a inyecciones de insulina, hasta que también murió. Lo enterraron en una tumba sin lápida. Benito murmuró escasas frases, como si el Diablo hubiera sido el autor de esa tragedia.

También atribuyó al Diablo su sífilis. En el hospital detectaron síntomas de una sífilis terciaria. Recibió la noticia apretándose la cabeza; simuló horror, aunque el lento progreso de esa enfermedad lo venía percibiendo sin que se lo tuvieran que explicar. Era una lenta neurosífilis que afectaba los nervios espinales, sus ojos, su hígado y su aparato digestivo. Caminaba con creciente dificultad y debió recurrir a un bastón. Le ofrecieron someterlo a un tratamiento prolijo, con los recursos que entonces existían. De mala gana aceptó, porque de lo contrario sólo cabía el suicidio, comentó a los próximos. Además, como soldado estaba exento de los costos que, de todas formas, Cesare Sarfati pagaba.

Otra vez llegó al cuartel Vittorio Emanuele III para saludar a los soldados heridos. Se detuvo de nuevo junto a la camilla de Mussolini, como lo había hecho quince meses antes. Era evidente que percibía en este joven de poderoso mentón y carácter belicoso ciertas cualidades que podrían servirle en algún momento. Esta vez conversaron unos minutos, que se grabaron en la memoria de ambos.

Luego de varios y dolorosos tratamientos fue enviado al hospital de Milán para profundizarlos. El test de Wassermann, considerado el más confiable, por fin dio negativo, noticia que descendió como un ángel y fortificó sus esperanzas en una curación definitiva. Falsificó informes médicos con el objeto de borrar toda mención de la vergonzosa sífilis y atribuir sus heridas a los combates, de los que no había participado. Su conversión de socialista revolucionario en veterano herido durante la guerra le sirvió desde entonces como propaganda patriótica. Su impúdica enfermedad, bien disimulada con mentiras, devino en heroica reputación. Por aquella época ser sifilítico equivalía a una descalificación moral. Antes de terminar la Guerra, tras múltiples y ansiosamente esperados estudios, fue dado de alta. ¡Enorme alegría! Y regresó a *Il Popolo d'Italia* con las medallas relumbrantes de su lucha.

Maravilloso final.

Inesperadamente comenzó a recibir una mensualidad del Servicio Secreto Británico. Nunca reveló porqué causa. Benito Mussolini ya no era sólo un editor y redactor, sino el líder de formaciones agresivas que usaban la palabra *fascio*.

Las tropas italianas perdían terreno en ese momento y la oportuna incorporación de los Estados Unidos, hasta entonces poco valoradas, logró que la situación internacional se invirtiera con rapidez. En pocos meses los italianos pudieron frenar y luego expulsar a las poderosas tropas auto-húngaras, hasta que el 4 de noviembre de 1918 se pudo obtener la total derrota del enemigo en la célebre batalla de Veneto.

Mussolini se apresuró en viajar a Berlín, la capital derrotada.

Alemania aparecía como un país sin futuro. Poblado de brujos y payasos que gritaban en las cervecerías hasta terminar con vómitos, discursos raros y trompadas. Por ahí andaba un desconocido pintor-zuelo llamado Hitler.

En Italia la realidad también se tornaba muy difícil. La victoria sólo sirvió para una alegría efímera. Se fortalecía la emoción incoherente. El rencor y la angustia.

Pocos se atreven a reconocer que tanto Lenin como Trotski habían simpatizado con el joven Benito Mussolini apenas comenzó a emerger. Tras tomar el poder en Rusia, Lenin envió un mensaje a los socialistas y comunistas, criticándolos con dureza: “¿Por qué dejaron que Mussolini abandonara nuestras filas? Era el único capaz de liderarlos”. Poco después Trotski repitió esa idea: “Mussolini era la única carta ganadora de ustedes”. Ahora no se atreven ni a insinuar semejante aproximación. ¡Qué extraña es la política!

Mussolini siguió avanzando y dejó entrever que su tarea sólo rendiría frutos mediante una dictadura, aunque se cuidaba de usar esa palabra. ¡Hasta que un día la pronunció! Y se apoyó en Marx, quien había elogiado y pronosticado la dictadura del proletariado. “Nada de estúpidas y estériles democracias —sentenció—: ¡dictadura!” Al principio causó espanto. Pero siguió insistiendo en que a través de un

mando único, inapelable, se podía levantar la nación. Era el auténtico camino, aunque sonase horrible.

Tras agrias dudas organizó el utópico Partido Fascista, el Partido del futuro. En esa época el fascismo no se parecía ni por asomo en lo que se convirtió después. Se refería a un “grupo”: *fasci d'azione rivoluzionaria*. Los *Fasci di combattimento* (grupos de combate) aparecidos a continuación, pronto agradaron a varios sindicalistas y veteranos de guerra. Mussolini quería reclutar a los oficiales desmovilizados, porque traían armas y expresaban un enérgico deleite por las peleas. Le interesaron en particular los *Arditi*, como se llamaba a las míticas tropas de asalto. Estos *Arditi* introdujeron el concepto de usar la violencia como un convincente instrumento político. Su uniforme negro pronto se convirtió en el símbolo de los fascistas, al extremo que todos empezaron a ser nombrados como los *camiscie nere* (camisas negras). En Italia habían empezado a germinar ideas, métodos y símbolos que hasta ese momento no tenían valor.

Coincidió mucho con Lenin, tras su exitosa revolución. Pero también opinaba que una revolución comunista no sería posible en Italia, pese a la gran cantidad de brillantes teóricos de lo que se llamaba izquierda. Lo sintetizó de esta forma: “El comunismo no calza en nuestro país; tenemos demasiado sol para las nebulosas teorías marxistas”.

En aquel tiempo la palabra fascista no tenía el significado que adquirió después. Se refería a un “grupo”: *fasci d'azione rivoluzionaria*. Los *Fasci di combattimento* (grupos de combate) aparecidos a continuación, pronto agradaron a varios sindicalistas y veteranos de guerra. Mussolini quería reclutar a los oficiales desmovilizados, porque traían armas y expresaban un enérgico deleite por las peleas. Le interesaron en particular los *Arditi*, como se llamaba a las míticas tropas de asalto. Estos *Arditi* introdujeron el concepto de usar la violencia como un convincente instrumento político. Su uniforme negro pronto se convirtió en el símbolo de los fascistas, al extremo que todos empezaron a ser nombrados directamente como los *camiscie nere* (camisas negras).

Tras la Guerra, en febrero de 1919 muchos socialistas desfilaron por el centro de Milán viviendo a Lenin y la revolución rusa. Inspirados en esta manifestación, al mes siguiente se realizó en la plaza del Santo

Sepulcro la primera manifestación de los *fasci di combattimento* (agrupaciones de combatientes), impulsados por la ira. Con un tono dramático Mussolini proclamó que Italia era una nación proletaria oprimida por las grandes potencias. En base a esa realidad, propuso una política que privilegiara los intereses de la nación por los de clase, aunque muchos aún no podían entenderlo. ¿Nación proletaria?

En las calles se gritaba “la sucia burguesía”. Muchas mujeres temían subir al transporte público. Las huelgas eran permanentes, rotativas. Saboteaban los servicios públicos y era cultivada por los choferes con especial predilección. Por cualquier motivo se suspendía cualquier trabajo. Faltaba la comida. Se invocaba la solidaridad de oficio para generar peleas, insultos, ataques. El trato recíproco estaba cargado de odio, sin que hubiera razones. En las calles, grupos que se armaban por cualquier motivo insultaban y perseguían a los oficiales, a los mutilados y a los soldados. Se los golpeaba, hería y obligaba a refugiarse en corredores o encerrarse en negocios, cafés o detrás de los portones. A muchos les arrancaban las insignias, hacían burlas y pisoteaban las medallas sobre el asfalto.

Mussolini asoció el espíritu de izquierda con las proclamas de derecha. Comenzaba su mezcla de tendencias para conseguir el apoyo irracional de las masas. A la vez glorificaba la aristocracia y prometía luchar por los trabajadores. Impulsaba aumentar los impuestos a los ricos y la participación de los obreros en las ganancias. Repudiaba la monarquía y saqueaba algunas iglesias. Pero en el día de las elecciones todo pareció haber terminado.

Les fue mal a los fascistas. No juntaron en Milán ni cinco mil votos. Un desastre. Mussolini fue aplastado y luego arrestado por posesión ilegal de armas. Parecía su fin. Aunque no estaba claro porque se lo odiaba y elogiaba simultáneamente. El desorden social crecía y Benito prefirió concentrar sus ataques contra la izquierda, a la que conocía mejor, tanto por sus virtudes como sus defectos. Este giro fue histórico: a partir de entonces se lo consideró un enemigo acérrimo de la izquierda, a tal punto que quedó borrado su pasado marxista. Desde entonces se consideró que el fascismo era el polo opuesto de la izquierda y se olvidó su origen y muchas de sus analogías. Benito empezó a criticar de forma sistemática a la revolución rusa pero, al mismo tiempo,

a la iglesia y la monarquía. Cosa de locos. Desafió en sus discursos y artículos que “somos sin duda una minoría, pero nuestro rugido de león dispersará a un millón de ovejas”. Consiguió que se partiera el socialismo y naciera el Partido Comunista Italiano dirigido por Antonio Gramsci, un intelectual brillante, respetado y original. La clase media y alta, y también muchos trabajadores soñaban que se reestableciera la autoridad y se esfumara el fantasma de una revolución bolchevique de estilo ruso, que ya empezaba a mostrar su desvío dictatorial.

Los fascistas acusaron a los socialistas de ser tropas rusas de ocupación. No les importaba la verdad, sino impactar emocionalmente, como después lo hicieron los populistas de todos los tiempos. “Los fascistas hemos desencadenado una lucha seria y eficaz contra ese ejército extranjero”, escribió Mussolini en 1921. Se lo empezó a llamar *Duce*, Con esa palabra se lo designaba líder de la nueva Italia, casi un emperador.

Con mucho esfuerzo Benito consiguió sumar treinta y cinco diputados fascistas y debutó en el parlamento con un discurso que volvió a producir vértigo. Contra lo que se esperaba, con voz firme ponderó al capitalismo y a la iglesia. ¡Nueva sorpresa! Los fascistas de la primera hora, enamorados del sindicalismo y del corporativismo se sintieron traicionados. Este cambio no era arbitrario: Mussolini ya había comenzado a recibir grandes aportes de industriales y terratenientes. Lo había conseguido mediante negociaciones secretas, con mentiras y sin escrúpulos.

Continuó haciendo giros: firmó un pacto de paz con los líderes socialistas, que fue celebrado por muchos enemigos como una forma de darle descanso al país. Cuando muchos se le opusieron amenazando rebeliones, voceó con gesto teatral su renuncia. ¿Su renuncia? Sí, su renuncia. Esto le aumentó la popularidad. Creció como líder. Esa maniobra le dio un brillante resultado.

A continuación asestó otro golpe: autorizó la legalización de las criminales Camisas Negras. Hacia mediados de 1922, esa organización cargada de odio, irresponsabilidad y ascendente violencia controlaba casi todo el norte de Italia.

El famoso director de orquesta Arturo Toscanini también tuvo al principio gestos de simpatía hacia Mussolini. Llegó a permitir que se incluyese su nombre en la lista de candidatos al parlamento. Pero duró poco, porque Toscanini, cuyos bigotes se doblaban sobre sus mejillas, pronto manifestó su repudio al fascismo y quebró su batuta con un gesto de teatral significación cuando le pidieron que dirigiese el himno partidario. Luego Toscanini fue un luchador encarnizado contra el fascismo y tuvo que soportar la ira de sus adherentes.

Las propuestas del fascismo contenían entonces las vanguardistas seducciones que después usaron casi siempre todos los populismos, al margen de su cumplimiento o beneficios reales: el voto femenino, reducir la edad del sufragista a dieciocho años, convocar a una amplia reforma moderna de la Constitución, reducir la jornada diaria de trabajo a sólo ocho horas, exigir la participación de los trabajadores en la administración industrial. También hacer fuertes mejoras del transporte y de la educación pública, reformar el sistema de pensiones, construir carreteras y obras públicas, confiscar tierras no cultivadas... , nacionalizar la industria armamentista, distribuir los latifundios entre los campesinos. Además, confiscar algunas propiedades de la Iglesia y crear un sistema militar basado en el control civil.

Marghareta Sarfati ayudó a construir ese fascismo, primero en su versión positiva y luego en su versión traidora y totalitaria. Marghareta se encargaba de interpretar los sucesos y darle nuevo significado a cada jornada.

El Rey enano prefirió mantenerse al margen, porque temía que una represión excesiva aumentara la violencia. La violencia aumentaba sola o por los incentivos que en secreto le soplaban Mussolini. En Milán, una cadena de asaltos generó la impresión de que los fascistas (como se los llamaba con creciente frecuencia), se adueñarían de la ciudad. Se hacía evidente que la Armada y la Policía simpatizaban con los Camisas Negras, porque se movilizaban como la nueva y más prometedor fuerza de esa época. También decidió diferenciarse de quienes habían sido sus antiguos aliados y concentrar sus ataques contra los socialistas. Otra maniobra fue predicar un sorpresivo apoyo a dos viejas enemigas: Iglesia y la monarquía, que había odiado desde su adolescencia. El fascismo no pretendía ser coherente, sino aumentar

su fuerza, sea como sea. Ante semejante nueva situación, la izquierda cometió el error de partirse y dar origen al Partido Comunista liderado por el cultísimo Antonio Gramsci, que tendría con los años un desempeño admirable. Benito, con impudicia, comenzó a llamar a los socialistas “el ejército ruso de ocupación”. En consecuencia, las verdaderas ocupaciones de fábricas que realizaban los socialistas, anarquistas y comunistas empezaron a ser replicados con puntualidad por los fascistas con lemas nacionalistas-libertadoras que conseguían creciente apoyo. Estas ruidosas acciones punitivas determinaron que se empezara a llamar *Duce* a Benito, una suerte de corona imperial. El no lo objetó. Sin vergüenza alguna empezó a defender la Iglesia, lo cual motivó variadas expresiones de asombro.

Para ganar de una buena vez el poder, Benito y Margharea empezaron a insistir en la conveniencia de efectuar una Marcha simbólica sobre Roma. Consideraban que tendría un poderoso efecto. Fue así. Pero él hesitó al principio, porque consideraba que faltaba maduración para semejante golpe. También se negaba a contestar los mensajes que le llegaban desde el gobierno para frenar la violencia de sus acólitos, aunque le daba publicidad la energía de sus golpes en diversos sitios del país. Los fascistas sorprendían hasta a la Cámara del Trabajo o la Cooperativa Roja o el Círculo Socialista, donde quebraban los muebles, quemaban los registros, aplicaban garrotazos y puñetazos y amenazaban con suplantar al alcalde. La bandera roja era rajada y en su lugar se pintaban los colores tricolores de Italia, ¡nacionalismo! Imponían el ridículo pintando la ropa y hasta los cráneos rasurados de los socialistas. Benito mentía diciendo que esto ocurría al margen de su voluntad y hasta de su conocimiento. El adolescente fascismo, al tiempo que desarrollaba semejante conducta, basaba su poder en la fuerza bruta. Aumentaba su presencia con gritos en el Parlamento, encabezados siempre por la figura desafiante de su mentón cuadrado y sus brazos sobre el pecho de Mussolini, quien pronunciaba discursos asombrosos, que dejaba alelados a seguidores y opositores, porque elogiaba al capitalismo y la Iglesia. No quedaba en pie ni un grano de marxismo o socialismo. Los fascistas de primera hora, enamorados del sindicalismo, ya no lo mencionaban; no sabían con precisión hacia dónde los llevaba su jefe. Más grande fue el asombro general cuando

Benito firmó un acuerdo de pacificación con los socialistas. ¡No se lo graba entender su conducta!

Planificó el control en varias ciudades y la invasión simbólica de Roma. Grupos de fascistas se lanzaron hacia las carreteras y los trenes para dirigirse a Roma. Eran mareas oscuras que agitaban pistolas, instrumentos de acero y armas caseras en nombre del *Duce*. Amenazaban provocar muchas víctimas si les obstaculizaban el paso. Viajaban en camiones, trenes, automóviles y los que estaban cerca lo hacían de a pié. Provenían de diferentes orígenes. Pero Mussolini regresó al norte, así daba la sensación de permanecer ajeno a los impulsos violentos de las masas. Era un gesto mentiroso, destinado a tranquilizar a los sectores moderados. Al mismo tiempo, el Rey volvió a la capital, tras interrumpir sus vacaciones en la campiña y ordenar a sus ayudantes que redactasen el estado de sitio. A la mañana siguiente, empero, cuando le depositaron sobre su escritorio el decreto para la esperada firma, se llenó de gotitas su frente y devolvió la pluma al tintero. Rechazó rubricarlo con un movimiento de cabeza, pero sin mover los labios. Se reunió con sus comandantes, que le aseguraron lealtad y también el deseo de evitar una guerra civil. Llegaron a la conclusión de que el monarca debía mantenerse neutral. Había que impedir ríos de sangre: Mussolini contaba con más adherentes que enemigos.

Además, Benito hizo saber por conductos subterráneos que deseaba el apoyo de todas las fuerzas armadas y de la Iglesia Católica. Era otro hecho llamativo, y que penetró en los oídos del Rey. Mientras, seguían produciéndose asaltos de los Camisas Negras y de la Milicia Fascista. Era una contradicción muy llamativa. El *Duce* deseaba que esa presión tuviera un carácter festivo, no guerrero, algo difícil de explicar, pero que sus hombres debían tener presente mediante cánticos y consignas.

En vísperas de los irreversibles acontecimientos que se avecinaban, Benito ingresó en el palco del teatro Manzoni, en Milan, reservado a la familia Sarfati. Saludó con sobriedad y se esmeró en permanecer atento a la música, aunque era evidente su tormenta interior. Al rato tuvo que salir, porque lo llamaban por teléfono: ya era el centro de todas las expectativas. Empezaba a crecer el mito de la Marcha sobre Roma. Aunque él no la había efectuado, en la imaginación

popular se lo empezó a ver a la cabeza de las multitudes. No existían fotografías, pero surgieron dibujos en los que aparecía con un rostro soberbio y pecho inflado.

A la tarde siguiente recibió el mensaje de un ex premier que le ofrecía constituir juntos un nuevo gobierno. Se negó, porque a esa altura no creía en el peso de asociados. A los escasos minutos le llegó un telegrama desde Roma. Tuvo que sentarse. ¡Era asombroso! El ayudante de campo del Rey le solicitaba en nombre de Su Majestad que formase gobierno. ¡Que él formase gobierno! ¡Había triunfado! Abrazó a Marghareta Sarfati. Enloquecidos de felicidad giraron en una danza cuyo ritmo provenía del corazón a punto de estallar.

Empezaba la tragedia de Italia y su zambullida en el infierno.